

Reseñas

CHARLES HALE, *The Transformation of Liberalism in Late Nineteenth Century Mexico*, Princeton, Princeton University Press, 1989, 291 pp.

Entre 1912 y 1932 Elie Halevy publicó *Histoire du peuple anglais au XIXe siècle*, volviéndose así una suerte de Tocqueville para el caso inglés. Tanto Halevy como Tocqueville han sido fuentes de inspiración para los historiadores, especialmente para aquellos que estudian el pensamiento liberal. En *The Transformation of Liberalism in Late Nineteenth Century Mexico*, Charles Hale se apoya en Halevy y presenta una “historia de las ideas” en su mejor expresión. Una vez más, la visión desde fuera, combinada con una aproximación comprometida con las ideas, produce un estudio que resulta ilustrador y particularmente importante para la vida política del México de hoy. Éste es un libro que asume que las ideas cuentan y, sin olvidar los aspectos económicos y sociales, se centra en el estudio de las ideas políticas.

Hale no oculta sus simpatías liberales. Su compromiso personal con los orígenes y el desarrollo del pensamiento liberal ayuda a juntar las piezas perdidas de la presente era en la que el liberalismo se encuentra, una vez más, celebrando ruidosamente su victoria final. Una mirada a las raíces de esta doctrina política la hace aparecer al desnudo: se revela como una intrincada construcción ideológica, como un proyecto de dominación con contradicciones... como todo, menos como un escenario político-social natural al género humano. En efecto, primero con *Mexican Liberalism in the Age of Mora* (1968) y ahora con *The Transformation of Liberalism*, Hale presenta una especie de diagnóstico tocquevileano de *fin-de-siècle* para un México que no renuncia al proyecto de alcanzar el “paraíso liberal”.

La historia económica y social del porfiriato aún lucha por lograr rebasar las etiquetas de la historiografía tradicional, oficial, posrevolucionaria. Ni qué decir de la casi inexistente historia ideológica o cultural del porfiriato. ¿Cuándo alcanzarán un verdadero significado histórico dentro de los libros de texto mexicanos los distintos aspectos del porfiriato?¹ El impresionante trabajo dirigido por don Daniel Cosío Villegas proporcionó un inagotable índice de temas que tratar, y la historia del porfiriato surge poco a poco: van caven-

¹ A la bibliografía que presenta Hale, sólo habría que añadir la recientemente aparecida tesis de maestría que trata los mismos temas y periodo: J. Gerardo Torres S., “Ciudadanía y cultura política en el siglo XIX”. UNAM, 1990.

do los maniqueos lugares comunes. Pero los aspectos ideológicos y culturales han sido momificados y estereotipados, y es difícil la labor. *The Transformation of Liberalism* constituye un estudio pionero y como tal es también el libro del liberalismo mexicano en la última parte del siglo XIX.

Si en su libro anterior Hale buscaba explicar por qué las ideas y metas liberales tuvieron que sobrepasar numerosos obstáculos para volverse parte de la cultura política de las élites mexicanas, en *The Transformation of Liberalism* discute la arroyadora presencia de las ideas liberales dentro de la élite política. El autor mantiene que a finales del siglo XIX el liberalismo sufrió una metamorfosis: de una mera ideología de un grupo a un "mito unificador" de la élite política. Entonces, prevaleció un "consenso" en la validez y viabilidad de los valores liberales. Hale acepta la noción de una "tradición liberal mexicana", la cual se consolidó durante la última parte del siglo XIX (según el autor, entre 1880 y 1906), pero que primero hubo de reconciliarse con el viejo liberalismo. Sostiene que en la época mencionada el liberalismo clásico se transformó en un "mito unificador" pragmático y "científico", el cual, no obstante las diversidades entre las distintas facciones, sirvió de marco a la política en el fin de siglo.

Para examinar la construcción del nuevo liberalismo, Hale toma varios momentos a manera de ventanas para observar un mismo paisaje. El autor inicia con una explicación del desarrollo de la "política científica": una nueva generación de intelectuales del periodo posreformista enmienda la ideología liberal. El grupo de *La Libertad* (Justo Sierra, Porfirio Parra, Manuel Flores, Eduardo Garay, Luis E. Ruiz, Agustín F. Cuenca, entre otros) hace un llamado en favor de un gobierno fuerte. Empero, esta generación enfrentó un nuevo contexto sociopolítico (la victoria de Díaz) y un renovado conjunto de factores intelectuales e ideológicos (la influencia de las ideas de Saint-Simon, Comte y las repúblicas conservadoras de Francia y España). Todo esto favorecerá la "política científica".

Después, Hale considera el debate constitucional de "la convocatoria de 1867" (especialmente el que se dio entre el nuevo liberal, Justo Sierra, y el de la vieja escuela, José María Vigil), y sostiene que la imagen del grupo de *La Libertad* como mero apoyo retórico de un gobierno autoritario menosprecia los verdaderos objetivos constitucionalistas de los nuevos liberales. Las intenciones constitucionalistas de Sierra deben ser tomadas en serio. Para reforzar su argumento, Hale analiza la formación de la Unión Liberal Nacional en 1892 y el subsecuente debate constitucional en 1893. Muestra como, en un contexto político diferente (los setenta *vis-à-vis* los noventa del siglo pasado), las ideas de los nuevos liberales adquirieron otras connotaciones: el apoyo fue entonces no para un fuerte poder presidencial, sino en favor de instituciones más sólidas. Los "científicos" en realidad fueron liberales constitucionalistas que contrastaban sus metas liberales, sin importar que fueran despóticas, con la realidad de un gobierno autoritario y con la autocomplacencia a que se enfrentaban por el hecho de ser la élite político-intelectual dominante del régimen porfirista. Aquí Hale destaca no sólo la influencia del contexto político y de las nuevas tendencias intelectuales, sino también la importancia de los

antecedentes biográficos de una generación que compartía una muy homogénea *sociabilité* política e intelectual.

A continuación, Hale regresa a 1867 para rastrear el surgimiento del positivismo en la educación, y examinar cómo fue que éste se volvió la filosofía oficial de la élite porfiriana. El autor demuestra que el positivismo logró su primera aceptación dentro del sistema educativo, a pesar de que no era una escuela de pensamiento pedagógico, porque el discurso positivista contenía un método epistemológico sobre cómo obtener el conocimiento científico y cómo llevar a cabo la regeneración social. Sin menospreciar que Gabino Barreda haya podido ser el gran impulsor del positivismo, Hale sostiene que Pedro Contreras Elizalde, un español, fue de hecho el primer positivista en México. Es interesante notar que Barreda no era en realidad un positivista ortodoxo, pues además de su rechazo a los templos positivistas, y a diferencia de la visión del papel del Estado que tenía el positivismo comtiano, Barreda concebía al Estado como un “Estado educador”, como el líder de la regeneración social, no como una entidad separada. Dentro de su pensamiento tenía cabida, junto con las ideas positivistas, el ejemplo de los educadores jesuitas y sus métodos, especialmente en cuanto éstos ponían énfasis en una educación centralizada y homogénea.

El programa positivista de la Preparatoria Nacional fue cuestionado no sólo por los conservadores católicos, sino por los mismos liberales. Los primeros cumplían el papel “. . . más limitado de patrocinar los valores sociales y educacionales tradicionales en el nombre de la religión”. En contraste, las críticas liberales venían del liberalismo de la nueva “política científica” que apoyaba la libertad de cátedra, pero en realidad eran una expresión en contra del pasado juarista de Barreda.

En cuarto lugar, para mostrar la estructura intelectual del positivismo mexicano y la manera en que éste vino a ser identificado con el liberalismo, Hale se refiere a lo que él llama “*the great textbook controversy*”: el debate provocado por la adopción oficial del libro de texto de lógica de Alexander Bain y su posterior sustitución por la traducción española de la *Logique* de Guillaume Tiberghien sirve para explicar las raíces intelectuales del “espiritualismo” y del positivismo en México. Aquí, se pone especial atención en la influencia del pensamiento idealista germano por medio de los trabajos del historiador alemán Krause. En resumen, Hale sugiere que todas esas tendencias y su recepción en México tuvieron su mejor expresión en Justo Sierra, una personalidad ambivalente que pasó de posiciones espiritualistas a posturas positivistas ortodoxas.

Finalmente, el autor analiza los principales componentes de la “tradición liberal mexicana”, consolidada en la última parte del siglo XIX. Hale estudia las diferencias entre las ideas de Spencer, Darwin y Comte, y muestra cómo y por qué una u otra tendencia fue adoptada por la élite mexicana en las circunstancias particulares que ésta enfrentaba. Así, señala la existencia de varias tendencias intelectuales nacionales, como, por ejemplo, un particular tipo de indigenismo (comúnmente pasado por alto en investigaciones sobre la época porfiriana), el surgimiento de una clase de nacionalismo mestizo, y la re-

conciliación liberal con el legado hispánico. . . todos éstos aspectos que han sido vistos por la historiografía oficial posrevolucionaria como monopolio del periodo revolucionario. Es la primera presentación consistente y lúcida de estas caras desconocidas del porfiriato. La aportación de Hale en este sentido resulta importante para historias políticas, sociales e intelectuales, y para la historia de las ciencias en México.²

En general, Hale no se equivoca al sostener que "*traditional political themes, approached critically and yet sympathetically, are appropriate for sophisticated modern scholarship*" (p. 13). Su trabajo presenta al menos cuatro aspectos que serán materia de futura investigación histórica y discusión política: a) la tesis sobre la continuidad de la trayectoria ideológica y política de México; b) las implicaciones del tema de la "tradición liberal mexicana" como "consenso" y como "mito unificador"; c) la noción de multiplicidad en lo que comúnmente es tratado como bloques ideológicos monolíticos, y d) la existencia, probablemente ilusoria, de una especie de síndrome de fin de siglo.

Para Hale existe una continuidad ideológica, aunque conflictiva, entre el discurso de Barreda (1867), que primero planteó el nuevo "paradigma" de la política científica, la diatriba de Bulnes en contra del culto oficial a Juárez y en favor de un gobierno liberal fuerte, y los gritos de batalla democráticos de Madero e incluso del constitucionalismo de Carranza. En el corazón de la "tradición liberal mexicana" está el "constitucionalismo liberal" constituido por una intrincada y paradójica combinación de circunstancias socioeconómicas, luchas políticas y debates intelectuales. Sobre todo, constituyó la reconciliación con el liberalismo ortodoxo y la creación de un "mito unificador". Así, "continuidad" en el argumento de nuestro autor implícitamente posee dos caras: la de las ideas y metas liberales, y la del fracaso en el establecimiento del liberalismo democrático en México.

Charles Hale parte del supuesto de un "mito unificador" consensual, que contrasta con la noción de ideología que "presupone el conflicto". Estudia diversos debates internos de la élite mexicana que tienen lugar dentro del mismo marco de valores y metas, constituyendo así el lado constructivo de la mencionada tradición. Esta aproximación consensual no niega, o no puede negar, la existencia de otras ideas políticas, ajenas al consenso. Sencillamente, Hale propone que éstas estaban fuera de la élite intelectual y política del porfiriato. La parte más provocativa de esta propuesta es su conclusión: a pesar de que la búsqueda de un gobierno fuerte era el objetivo de los liberales de 1870, para 1890 el gobierno fuerte apoyado por el "mito unificador" de la política científica se estaba devorando las metas y utopías de muchos de esos liberales. El argumento desarrollado por el autor sugiere que la "tradición liberal mexicana" permaneció con vida a pesar de todo, y encontró su camino

² El mismo Hale trató estos temas desde una perspectiva continental en "Political and Social Ideas in Latin America, 1870-1930", en *Cambridge History of Latin America*, vol. IV. G. Colmenares y Tulio Halperin han tocado también estos temas de la misma manera. Lo que se extraña en Hale es la consideración de la noción histórica y teórica de "modernismo" en un sentido amplio. Esto le hubiera ayudado a explicar el énfasis en el indigenismo y en la ciencias tanto en América como en España.

en la revolución democrática de Madero y el constitucionalismo de Carranza. Por un lado, el Porfiriato consolidó dicha tradición pero también le robó sus contenidos utópicos; por otro, la Revolución representó no su colapso sino su resurrección.

Para Hale existen más continuidades, por paradójicas que sean, que rompimientos en el discurso político mexicano. Porque “incluso los radicales, el grupo de los Flores Magón (antes de 1910), los zapatistas y los seguidores de Villa, buscaron precedentes para sus programas en la popular lucha liberal de mediados del siglo XIX”. Empero, se pregunta el autor, “¿acaso no podemos encontrar evidencia de su legado en los recientes intentos de inyectar “democracia” a la vida política mexicana?” (p. 260).

La posición metodológica del autor le permite subrayar las continuidades. En tanto la revolución ha sido el punto de referencia para el estudio de la era porfiriana, Hale la observa a la luz del desarrollo histórico de la política mexicana durante la primera mitad del siglo XIX. Como resultado, Hale puede descifrar por qué la “tradición liberal mexicana” tuvo la sustancia que tuvo y surgió cuando surgió. Además, gracias a su particular enfoque, es capaz de presentar sugerencias sobre la trascendencia histórica y la importancia actual de la multicitada tradición.

A pesar de que Hale constantemente afirma las nociones de “era de consenso” y liberalismo como “mito unificador”, su argumento está lejos de ser una mera “historia consensual” a la manera de la historiografía norteamericana de 1950. Sería ingenuo no reconocer la influencia del pensamiento liberal estadounidense a lo largo del argumento del autor (la simple búsqueda de la “tradición liberal mexicana” nos remite a la famosa *American Liberal Tradition*). Hale, un liberal, indaga en la historia el desarrollo de las ideas liberales y parece tener siempre en mente el arquetipo del liberalismo norteamericano, del cual Tocqueville opinaba:

En nuestros días, el principio republicano gobierna en América como el principio monárquico dominaba en Francia bajo Luis XIV. . . . De la misma manera, la república existe en América: sin combate, sin oposición, sin cuestionamientos, por medio de un acuerdo tácito, una suerte de *consensus universalis*.

La inspiración de Tocqueville-Halevy en Hale, sin embargo, no constituye un prejuicio etnocéntrico, sino una herramienta que le permite hablar en la misma lengua y en el mismo marco de referencia que los liberales mexicanos que estudia. De hecho, Hale es capaz de explicar la existencia tanto del conflicto como del consenso dentro de la ideología porfirista. La “tradición liberal mexicana” no es una cosa dada, sino una construcción controvertida y multifacética que, lejos de ser utópica, constantemente confrontaba sus sueños con la realidad del país.

Frecuentemente positivismo, darwinismo social y liberalismo son tratados como un solo bloque ideológico. En contraste, el autor mantiene que si las ideas en verdad cuentan, éstas muestran un espectro abigarrado y variado de combinaciones. Considero que no es ocioso distinguir positivismo de libe-

ralismo, e identificar sus diferentes versiones. Si se han de producir historias sociales, políticas e intelectuales del Porfiriato, estas distinciones son necesarias. Nos permiten ver cómo y por qué una tendencia fue favorecida, o imitada, en lugar de otra y qué causas y consecuencias tuvieron tanto en la realidad como en la percepción de la misma. Hale aísla los componentes de la llamada "política científica" y determina cuándo y por qué fueron adoptados los contenidos científicos y positivistas. Por ejemplo, el autor muestra que Saint-Simon y Comte fueron tan influyentes para la élite mexicana como la tendencia "continental" hacia el conservadurismo liberal, cuyas expresiones máximas en la Europa de la época eran Castelar en España y Thiers en Francia. Otro ejemplo de esta disección de la ideología del Porfiriato es el argumento de que el discurso racista de la élite porfiriana era spenceriano antes que darwiniano.

En su metodología Charles Hale asume, quizá sin proponérselo, que coexisten varios discursos. De ahí que el libro sea una rica y elaborada presentación de los mismos: por un lado, tendencias de pensamiento nacionales, españolas, alemanas y francesas (Hale leyó los mismos libros que los liberales mexicanos de la época); por otro, preocupaciones científicas, políticas, pedagógicas e historiográficas. El autor es capaz, pues, de explicar cómo el positivismo se convirtió en parte del patrimonio liberal, y cómo se pueden encontrar preocupaciones paralelas en las polémicas dentro del campo de la biología, la teoría evolucionista y el pensamiento político.

El libro de Charles Hale aparece en un momento en que sus argumentos tienen más resonancia; en una era que sugiere varias semejanzas con el anterior fin de siglo. La vida política de México contiene un mito unificador redefinido, a saber, la Revolución. Y actualmente este mito experimenta una transformación científica. El discurso oficial de esta última década del siglo xx afirma que "hoy la revolución es modernización", y la modernización es una cuestión de cálculo y de especialización técnica. Está implícito en la posición oficial: sin abdicar al "mito unificador" de la Revolución, aquellos que poseen el conocimiento científico y técnico son quienes deben hacer política, independientemente de ideologías, posiciones políticas o protestas sociales. ¿Es éste acaso una suerte de síndrome político de cada fin de siglo? La de Hale no es sólo una pregunta de historiador, sino la preocupación de un liberal: "El problema de los científicos todavía puede ser el problema de hoy. ¿Son posibles las limitaciones institucionales sobre la autoridad y un sistema competitivo de partidos en una nación que aún se adhiere a un mito político unificador?" (p. 261). A la luz de las similitudes, uno se pregunta ¿dónde están aquellos que, dentro de la "tradición liberal mexicana", estarían dispuestos a renunciar a los mitos y a someter su proyecto a un juicio abierto y honesto? Hale no intenta siquiera sugerir cómo es que esa tradición puede ahora alcanzar continuidad; sin embargo, los liberales cooptados y los duros tecnócratas del autoritarismo porfiriano parecen haber sobrevivido; quizá sus seguidores sean aquellos que hoy están dispuestos a apoyar y reforzar los "mitos unificadores" mediante una renovada "política científica".

Sin duda puede aceptarse que todo vale en el terreno de la historia de las

ideas; que cualquier relación e hipótesis puede ser mantenida: después de todo, en este campo el historiador siempre encuentra lo que busca. En la era de la *deconstruction* esto es más cierto que nunca. Con todo, la historia de las ideas proporciona lo que casi nunca pueden dar otros estudios históricos, a saber, la noción de época: la ocurrencia simultánea de ideas y eventos en circunstancias determinadas. El riesgo de estéril especulación es tan alto en la historia de las ideas que muy pocos salen adelante. El profesor Hale una vez más ha logrado producir, y enhorabuena, una importante contribución a la historia mexicana.

MAURICIO TENORIO

MICHEL WIEVIORKA, *Sociétés et terrorisme*, París, Fayard, 1988, 566 pp.

Frente a las tendencias sociológicas prácticamente dominantes del individualismo metodológico y de una sociología que propone la inutilidad de buscar el sentido de la acción social, ambas ubicadas en el contexto de la reacción a la hegemonía del marxismo y del estructural-funcionalismo, se erige una escuela —basada en la sociología de la acción de Alain Touraine— que postula la idea de que la acción social siempre tiene un sentido colectivo. Algunos de los autores que se sitúan en esta escuela intentan, como desafío y como comprobación de que toda acción social tiene un significado que *trasciende la estrategia particular*, explicar los tipos de acción que parecen tener menos sentido, como son la ira de los jóvenes sin empleo, el racismo y el terrorismo.

El libro de Wieviorka se ubica en esta corriente. Como prácticamente ningún otro fenómeno del mundo contemporáneo, el terrorismo parece escapar a cualquier explicación, a cualquier comprensión; la mayoría de las veces parece *no* tener sentido. ¿Cómo encontrar el significado de un fenómeno que parece no tenerlo?, del cual, según dice el autor, más se habla cuando es más mortífero, cuando parece no tener más sentido que el horror y la muerte indiscriminada.

Como lo plantea Wieviorka: ¿cómo es posible intentar siquiera explicar el comportamiento de los terroristas alemanes, cuando se trata de jóvenes que adoptan una actitud contestataria y militante, que por principio tendrían que estar indignados con la complicidad o pasividad que en su momento mostraron sus padres frente al nazismo y que, con el objeto de apoyar la lucha palestina, aíslan a los judíos de los otros pasajeros de un avión que han logrado desviar hacia Entebbe y pretenden hacerles sufrir un castigo particular? “No estamos acaso ante la locura total, ante la sinrazón integral, ante la barbarie?” (p. 15).

La incapacidad de explicar el fenómeno o incluso el comprensible juicio moral, simplemente llevan a rechazar la violencia terrorista como la sinrazón, o que se intente explicarla desde el exterior, de manera heterónoma: como la causa de un bloqueo en el sistema político, o como una acción manipulada en el contexto internacional. Es único el intento de Wieviorka de explicar el

terrorismo “desde dentro”, basado en lo que significa para un actor social pasar a este tipo de violencia, el sentido que tiene dicha transición para el terrorista, y las circunstancias que favorecen el pasaje.

El autor comienza discutiendo algunas de las interpretaciones externas del terrorismo, no tanto para eliminarlas como irrelevantes, sino con el objeto de encontrar sus limitaciones y poder afirmar que a pesar de que puedan dar cuenta de las condiciones favorables para el surgimiento del terrorismo, no pueden llegar a explicarlo. Existen dos formas de explicar el terrorismo desde el exterior: por una parte, por la cerrazón del sistema político y por la falta de canales por medio de los cuales puedan expresarse las demandas e intereses sociales; por otra, la crisis del sistema político, su descomposición en un pluralismo extremo, pueden crear condiciones favorables para que surjan conductas de violencia capaces de llegar al terrorismo.

El autor nos recuerda que los casos italiano y libanés se han analizado por lo general desde esta perspectiva, el primero, desde el punto de vista de una crisis institucional, societal o cultural, el segundo, desde una crisis del Estado, de la nación. El terrorismo en Italia se ha explicado por el bloqueo político y por la crisis de representación. En la década de los setenta existía en ese país una parálisis política ligada al monopolio de un partido (la Democracia Cristiana) en el ejercicio del poder. El terrorismo se entendió como una reacción a un sistema político que se había sumergido en la inmovilidad. De esta concepción se pasa rápidamente a otra, según la cual dicho bloqueo tuvo como consecuencia una crisis de representación que resultó en que las demandas e intereses no fueran tomados en cuenta por los partidos; de ahí se desarrollaron los llamados a la democracia directa y el rechazo a toda participación política, los que, a su vez, condujeron a discursos de ruptura y finalmente a la lucha armada (pp. 182-183).

La existencia de la Fracción Armada Roja en Alemania se ha explicado de manera similar, como una crisis de *input* causada por la ilegalidad del partido comunista, que se agrava por la prohibición de ejercer un puesto en el sector público si se es miembro de dicha organización. En nuestro propio país, el surgimiento de la guerrilla fue recurrentemente interpretado de esta manera, de ahí que la respuesta del gobierno no sólo haya consistido en el incremento de la represión y de la lucha armada en contra de esos movimientos, sino en la apertura política en el sexenio de Echeverría y en una reforma política en el de López Portillo, que incluyeron tanto la cooptación de muchos de los jóvenes dirigentes del movimiento de 1968, como la legalización del partido comunista y la amnistía a los presos políticos.

En el contexto de la explicación externa también se considera como condición propicia al surgimiento del terrorismo lo contrario al bloqueo institucional. El terrorismo italiano se ha analizado con base en la crisis del Estado, en su debilidad crónica. Por su lado, el surgimiento de la violencia política en Líbano se explica por la descomposición, por una crisis prácticamente total, ya no sólo del Estado, sino de la propia nación.

Existe otra serie de interpretaciones de la violencia política, que pone el énfasis en sus causas sociales y que generalmente está referida a una crisis cul-

tural o de valores. Se plantea el hecho de que la industrialización en el país vasco se desarrolló *sin* destruir las estructuras sociales tradicionales y dio lugar a tensiones y frustraciones que condujeron a la violencia. Los miembros de la ETA se describen como individuos que han perdido sus raíces, que han sido perturbados por el cambio social y que son incapaces de integrarse o socializarse; su conducta se explica por el difícil paso de la tradición a la modernidad (p. 296). El caso italiano también se interpreta en función de una crisis socio-cultural. Las mutaciones industriales y culturales surgidas de la industrialización, de la emigración masiva del sur a las metrópolis del norte, del despoblamiento del campo en favor de las ciudades y, por lo tanto, de la dislocación de las formas tradicionales de integración y de control social, condicionaron todos los eventos políticos de la década de los setenta (p. 179).

Pero no es posible explicar el terrorismo enfocando la atención sobre el sistema político y el Estado, como tampoco puede explicarse desde una perspectiva que, si bien privilegia la esfera de lo social, lo hace resaltando la crisis de significación. La sociología, como ciencia comprehensiva, presupone que toda acción tiene un sentido. Las crisis del sistema político o de valores culturales y del orden social tradicional, sólo pueden definir el *contexto* favorable para el surgimiento del terrorismo, pero no pueden esclarecer el fenómeno. En muchos países en los que se han dado todas estas condiciones no ha surgido la acción terrorista.

Esto quiere decir que para entender cualquier fenómeno social es necesario hacer referencia al sentido que tiene para el actor. La acción siempre tiene un significado para éste, y es precisamente este sentido el que constituye la distinción entre fenómenos sociales que se dan en condiciones similares. Para entender el significado del terrorismo, es preciso investigar el sentido que tiene para el actor el tránsito a la acción terrorista, averiguar qué diagnóstico de la situación lo empuja a tomar la vía de la violencia política, primero, y luego derivar hacia la violencia terrorista en vez de adoptar el camino institucional.

De esta manera, Wieviorka, por medio del método de la intervención sociológica, llega a proponer la existencia de dos tipos de violencia política, uno de los cuales es propiamente terrorista. Su argumento parte de la noción de movimiento social establecida por Touraine, que se define en torno a tres dimensiones fundamentales —el principio de identidad, el de oposición y el de totalidad—, así como por su capacidad para integrarse coherentemente en un proyecto. El antimovimiento social, por una parte, *invierte* estas tres dimensiones y, por la otra, las *fusiona* en lugar de integrarlas.

Según el autor, en los antimovimientos sociales el principio de identidad deja de ser una referencia a una identidad social para devenir en un llamado a un *ser*, a una *esencia*, a una forma abstracta o mítica. El protagonista de la lucha se expresa en nombre de principios más que en nombre de una fuerza social real, se define por su pertenencia a una comunidad más que por su inserción en una relación social. El principio de oposición, que define al adversario social, se transforma en una imagen de la guerra.

No existe un adversario al cual se disputa el control que ejerce sobre la

acumulación o sobre la dirección de los recursos y de la cultura, sino un *enemigo* que amenaza, o un ambiente hostil. El principio de totalidad, que define el campo de la historicidad por cuyo control se oponen movimiento social y actor dirigente, deja de ser una referencia común a un conflicto y de dar contenido a distintos proyectos. Ya no se trata de dirigir la sociedad presente, sino de trascenderla hacia un más allá que se presenta de manera más o menos elaborada. Con mucha frecuencia, esta transformación del principio de totalidades se logra mediante la construcción de utopías comunitarias o de mitos que integran de una manera imaginaria lo que no es posible conciliar en la realidad (pp. 17-18).

Aunque la violencia política no es exclusiva de este tipo de acciones sociales, los antimovimientos son más propensos a ella. Es evidente que los movimientos sociales pueden utilizar la violencia de forma instrumental, pero los antimovimientos sociales tienden a la violencia de manera más "natural". En la medida en que se apoyan en una identidad basada en el temor y en el rechazo del otro, conciben al oponente como un enemigo y, finalmente, no postulan la existencia de un terreno común al conflicto, sino que lo conciben en términos de un trastocamiento del orden. Es interesante, además, que Wiewiorka mencione que la noción de antimovimiento social es muy cercana a la de totalitarismo de Hannah Arendt y Claude Lefort, así como a la definición aplicada por Touraine a las sectas (p. 19).

No obstante, el autor nos advierte que a pesar de esta tendencia hacia la violencia social, los antimovimientos sociales *no* deben confundirse con el terrorismo, como es generalmente el caso. Ciertamente, pueden tener rasgos terroristas, como por ejemplo utilizar los mismos métodos y, por supuesto, dar cabida a la formación de acciones terroristas. Lo que diferencia al antimovimiento social del terrorismo es que, en el caso del primero, los actores se identifican con una comunidad real y se basan en ella, y ésta, a su vez, los reconoce como una expresión más o menos legítima de sus aspiraciones. "Mientras la acción social sea la traducción de una ruptura vivida y deseada por una colectividad, no se ha caído en la lógica de la acción terrorista" (p. 20). Por ello, Sendero Luminoso, algunos grupos del movimiento palestino (que es, en gran medida, un movimiento de liberación nacional y ni siquiera un antimovimiento social) y Hezbollah son, o han sido en algún momento, antimovimientos sociales y no terrorismo.

En la lógica de la acción terrorista se habla en nombre de un movimiento de una manera artificial, ya no hay una conexión directa con una comunidad o con un movimiento social, y el actor terrorista no es reconocido por ellos como legítimo. Además, los tres principios que definen un movimiento social están *fusionados* y no integrados coherentemente. Aun en el caso de los antimovimientos sociales, dichos principios están integrados, aunque lo estén en torno a un mito o a una esencia; por otra parte, caracterizan y corresponden a una comunidad real de la que son portavoces. En el caso de las acciones terroristas, los principios están más degradados, ya que no responden más que a la intencionalidad del actor terrorista de continuar su acción de violencia, sin referencia alguna a un contexto social real.

Además, dice Wieviorka, los principios funcionan crecientemente sobre sí mismos, justificando una violencia que tiene su lógica propia, que se desenvuelve sin que su protagonista tenga que someter su discurso y sus actos a la población a la cual se refieren.

El actor terrorista no necesita de la legitimidad, de la referencia concreta y de la relación con esa población, incluso le estorbaría en la medida en que lo haría salirse de la lógica propia de la violencia hacia la cual se ha lanzado. Se da, en suma, una *inversión* del principio de identidad, que deriva en un subjetivismo exacerbado según el cual el actor terrorista es incapaz de defender una identidad social, y que define, por encima de todo, su compromiso *total*. Pero aquí ya no es el compromiso con una comunidad de referencia, con un mito creador, con una esencia compartida con esta última, sino con su propia visión del mundo, con una visión subjetiva de la realidad que le permite seguir en conflicto permanente.

De hecho, el actor terrorista se sustituye de manera voluntarista, e incluso fanática, por una figura social que no logra existir, se afirma como un instrumento que despertará a una clase dormida, se concibe como la conciencia de los que están alienados, privados de la posibilidad de actuar, inconscientes de su papel histórico (p. 20).

Sólo entendiendo las diferencias entre movimiento social, antimovimiento y terrorismo, es posible trascender la mera denuncia de la utilización de algunos movimientos terroristas por Estados o la cooperación entre distintos movimientos sociales que tienen muy poco en común, y que incluso serían antagónicos. Pero el trabajo de Wieviorka también es importante porque dedica una parte sustancial al recuento histórico de estos movimientos y a los resultados de las intervenciones sociológicas que llevó a cabo con el fin de descubrir en qué momento, en qué coyunturas particulares, cómo y por qué razones surge una acción que no logra convertirse en un movimiento social; cómo deriva hacia un antimovimiento, y cómo éste, a su vez, constituye el terreno propicio para la degeneración en violencia pura, para el surgimiento del terrorismo.

Wieviorka muestra cuidadosamente cuáles coyunturas son las más favorables a la tendencia a subjetivar común al terrorismo, al desgajamiento total de un grupo de militantes de un movimiento o de un antimovimiento social, al grado de no necesitar siquiera su referencia. El autor detalla cómo estas acciones se dan sobre todo en momentos de crisis, en circunstancias de declinación o de formación todavía balbuceante de movimientos sociales o nacionales. Cuando los movimientos o antimovimientos sociales se debilitan, permiten al actor terrorista erigirse en el depositario de un sentido que el movimiento ha perdido. También es posible que surja un actor terrorista cuando apenas se vislumbra el nacimiento de un movimiento, cuando es todavía demasiado débil para poder capturar el significado y aglutinar a los individuos o grupos que reclaman ser parte de él. Puede entonces surgir un protagonista que pretende ser una especie de mesías que despertará la conciencia de la población, de la clase a la que se refiere el naciente movimiento, y que será la vanguardia que le hará nacer a sangre y fuego (p. 97).

Las aportaciones teóricas y metodológicas, así como los detallados estudios históricos que el autor llevó a cabo sobre la violencia política italiana, vasca y palestina, nos permiten afirmar que si se quiere comprender el fenómeno del terrorismo, es necesario leer *Sociétés et terrorisme*. Estoy seguro de que el libro es ya una referencia indispensable no sólo para quien quiera estudiar el tema de la violencia política, sino para cualquier científico social que esté buscando un método (*démarche*) que le permita comprender el *sentido* de su objeto de estudio. Para nuestro país y para las circunstancias por las que atraviesa actualmente, el libro permite reflexionar acerca de las consecuencias que tendría que el neocardenismo, que surge como un amplio y heterogéneo movimiento, no pueda consolidarse, ya sea por problemas internos de constitución o por las acciones gubernamentales que tratan de evitarlo.

ILÁN BIZBERG

GUÝ GUGLIOTTA Y JEFF LEEN, *Kings of Cocaine*, Nueva York, Simon and Schuster, 1989, 391 pp.

El problema de la droga existe en forma aguda y generalizada desde hace dos décadas, aunque el tráfico ha variado en el tiempo y en el tipo de droga. Antes de los setenta, el Extremo Oriente (Hong Kong, Bangkok), Turquía, Francia (Marsella), Holanda (Rotterdam), América Latina (Chile, Bolivia, Perú, Ecuador) —Colombia se mantenía en aquel entonces como zona de simple tránsito— se veían afectados por esta lacra y eran considerados los núcleos estratégicos. A principios de siglo prevalecían en el mercado los derivados del opio, en gran parte debido a las políticas de desarrollo del imperialismo franco-inglés en las regiones árabes y asiáticas. Así, China inundó el mercado internacional con su producción.

A principios de los setenta, el consumo de estupefacientes en Estados Unidos aumentó con el regreso de los soldados de Vietnam, acostumbrados a sosegar sus ansiedades con marihuana. Por los mismos años la industria de la cocaína, de pequeña envergadura, estaba establecida en Chile. Al llegar Augusto Pinochet al poder, encarceló a los principales narcotraficantes, deportó a otros y dismanteló los laboratorios de cocaína; el comercio se desplazó entonces a Colombia y, en sólo dos años, el negocio se volvió exclusivamente colombiano. Desde entonces y hasta la fecha, el narcotráfico tiene en América dos polos con puntos de partida y de llegada netamente definidos: el primero en Colombia, zona de producción y tráfico por excelencia, y el segundo en Estados Unidos, zona de consumo, también por excelencia.

Kings of Cocaine es el resultado de un trabajo de investigación de dos periodistas norteamericanos. Cada capítulo es una pequeña monografía sobre una faceta, un hombre, un conjunto de acciones y de respuestas emprendidas por los narcotraficantes o sus perseguidores. El hilo conductor aparece claramente a lo largo de toda la obra: es la historia del cartel de Medellín desde sus comienzos, a mediados de los años setenta, hasta la captura y el juicio final de

uno de sus miembros más importantes, Carlos Lehder, en 1988; entre tanto, trampas, asesinatos, enormes cantidades de cocaína y de dinero y una corrupción sin precedente. Pero lo que hubiera podido parecer una buena novela policiaca es en realidad un relato escrito con medida y discernimiento de lo que fue en su inicio y lo que sigue siendo la lucha contra el narcotráfico en Colombia.

Los autores destacan los perfiles biográficos que sirven de introducción a cada uno de los personajes clave: jefes del cartel de Medellín, de Bogotá o de Cali, jefes de policía, miembros de la Suprema Corte, de la DEA (Drug Enforcement Administration), jefes de Estado y embajadores. De esta manera nos enteramos del "idealismo" anti-imperialista de Carlos Lehder que busca inundar a Estados Unidos de cocaína para acabar con el país y de las ambiciones políticas de Pablo Escobar que vio su incipiente carrera parlamentaria frustrada por quienes ya conocían sus actividades ilícitas. No obstante, Escobar logró durante varios años construirse una imagen de ciudadano bondadoso cuyo máximo anhelo era ayudar a los pobres para quienes edificó casas, terrenos deportivos, iglesias. . . Los autores retratan la incredulidad y el temor del presidente colombiano, Belisario Betancur que, lejos de ayudar, obstruyó al principio de su mandato la labor de los jefes de la policía colombiana y de los agentes de la DEA.

Quizá los personajes mejor descritos son los que pertenecen al sistema judicial. No se vacila en hacer una severa crítica del sistema legal colombiano, ineficiente y en gran parte corrupto. Se pone de manifiesto la impotencia del congreso, cuya mayoría está ligada a los narcotraficantes de modo irreversible; los demás saben bien que los narcotraficantes no titubean en tomar represalias contra quienes constituyen algún obstáculo a su comercio ilícito. Teniendo en cuenta estas debilidades, los miembros del cartel se dieron a la tarea de socavar el sistema judicial colombiano y de matar a un buen número de sus miembros. La acción más espectacular fue la toma del palacio de la Suprema Corte en 1985, cuyo propósito fue el de cancelar el tratado de extradición firmado en 1979 entre el gobierno de Estados Unidos y el de Colombia. Este tratado fue, y es todavía, el talón de Aquiles del cartel, que durante años ha tratado de combatirlo por todos los medios: intimidación, violencia, astucia y paciencia. La extradición a Estados Unidos de algún miembro condenado por la justicia colombiana significa el aislamiento total y la incomunicación con su medio familiar, a veces sin el conocimiento de la lengua inglesa y, sobre todo, sin la posibilidad de corromper a empleados, policías, abogados o jueces. Lo anterior queda claro a lo largo del relato, como en el caso de las dos "liberaciones" de Jorge Ochoa, uno de los jefes más poderosos, después de que su familia regara millones de dólares para conseguirlas. Así, ¿quién se resiste? En cambio, la posición de Carlos Lehder, cuya extradición fue la primera firmada por el presidente Betancur en mayo de 1984, se volvió muy difícil. Al cabo de varios meses de juicio en cortes norteamericanas, el jurado decidió la condena definitiva de Lehder a 135 años de cárcel.

Los autores recalcan que se cuestionó la validez del tratado de extradición en varias ocasiones y que casi se llegó a su cancelación, por la eterna pugna en

el seno de la Suprema Corte colombiana entre los decididos y los temerosos, los honrados y los corruptos. La prensa padeció también las constantes amenazas y la violencia de los narcotraficantes; los homicidios de periodistas estuvieron a la orden del día de la misma manera que los asesinatos de jefes policíacos, jueces e informantes (estos últimos ex traficantes en su mayoría). Los más audaces llegaron a perder su valentía: para poder publicar la verdad en sus periódicos, enviaban la información a los diarios de Louisiana y de Florida y la reproducían después, traducida, desconociendo así su propia autoría. El editor en jefe de *El Espectador*, Guillermo Cano Isaza, asesinado en 1985, es un ejemplo entre tantos de un periodista valioso y entregado a la lucha.

Los autores presentan a los narcotraficantes como *stonekillers*, matones, verdaderos criminales de carrera. Si al principio costó tanto trabajo reconocerlos, fue porque la violencia era común en Colombia, y en este contexto los traficantes eran sólo un grupo más. Un agente de la DEA, Johnny Phelps, fue el primero que logró identificarlos. En efecto, a partir de su llegada a Bogotá en 1981 hasta 1984, año de su regreso a Estados Unidos, desempeñó un papel clave en algunos de los combates más fuertes. Gracias a su trabajo y al de otros agentes de la DEA y del cuerpo policíaco antinarcóticos colombiano, se descubrieron gigantescos laboratorios de cocaína en la selva; la pista fue un envío colosal de éter, fabricado ilícitamente en Estados Unidos.

Otro norteamericano que se dedicó a la lucha antinarcóticos en Colombia fue el embajador Lewis Tambs quien ejerció una labor de perseverante convencimiento al lado del presidente Betancur; descubrió la alianza entre narcotraficantes y guerrilleros y acuñó el término “narcoguerrillas”. La buena fe de Tambs no es puesta en duda por los autores; sin embargo, el papel ambiguo que desempeñó en el asunto del *Irangate* nos hace dudar de la pulcritud de sus intenciones.

Por razones políticas, tampoco se aclararon a fondo las expediciones conducidas por Barry Seal, informante de la DEA y ex narcotraficante, en Nicaragua. Con éstas, la DEA esperaba atrapar a los cabecillas del cartel o, por lo menos, exhibirlos ante la opinión pública, pero nunca lo logró. En cambio, la agencia estadounidense acusa a los sandinistas de narcotraficantes, hecho aprovechado por Ronald Reagan en su campaña pro Contras y negado rotundamente por el ministro del Interior nicaragüense, Tomás Borge. En otras ocasiones, los autores también se refieren a la participación en el narcotráfico de prominentes miembros de gobiernos, como los de Las Bahamas y Panamá.

Uno de los aciertos de la obra es señalar el retraso tanto de Colombia como de Estados Unidos en percatarse de la magnitud y naturaleza del problema. Cuando les quedó claro que había tomado impulso el tráfico de la cocaína, no se imaginaron su envergadura, perdiendo así la oportunidad de destruir el mal de raíz: dejaron que se afianzaran las bases de una organización que hasta la fecha parece invencible.

En esta obra falta algo muy importante para tener una visión completa del problema: el otro lado de la medalla, o sea el consumo de droga en Estados Unidos. En cierta ocasión, uno de los personajes recrimina: “Los responsables no somos nosotros, sino los norteamericanos que nos piden cada vez más dro-

ga''. Pero la intención de los autores de *Kings of Cocaine* no era proponer soluciones, aunque en un momento llegan a sugerir la legalización del comercio.

La obra no llega a ninguna conclusión. Las noticias de los diarios y de las revistas semanales bastarían para escribir la continuación del libro: un sin fin de batallas libradas entre los narcotraficantes y el gobierno colombiano auxiliado por la DEA, con demasiados sacrificados de por medio. De no haber sido por el desenlace, o sea el arresto y la condena final de Carlos Lehder, la obra hubiera dejado una impresión de guerra desesperada con la derrota vislumbrada al final del camino.

MARIE-CLAIRE FIGUEROA